

JOSÉ ANTONIO RAMOS ARTEAGA

ORCID: 0000-0003-1998-0881

Universidad de La Laguna

Correo: jarteaga@ull.edu.es

El amor exotizado: *Tobeyo o del amor* de Gil-Albert y la orientalización de México*

Palabras clave: Juan Gil-Albert — México — *Tobeyo* — exotización — orientalismo.

Resumen

La última obra de Juan Gil-Albert, *Tobeyo o del amor. Homenaje a México*, publicada en 1990, recupera un episodio sentimental vivido con un joven mexicano durante su exilio. Este trabajo tiene como objetivo analizar este episodio y su singularidad dentro de la reflexión sobre el homoerotismo que atraviesa la producción del autor. A partir del comentario y la comparación con otras de sus ficciones amorosas, se estudia un tema poco tratado en los acercamientos a su teoría del amor homosexual: la racialización del amado. El artículo muestra que —a pesar de la sólida meditación culturalista sobre esta relación— existe un proceso de exotización del protagonista que responde a una visión eurocéntrica y colonial del cuerpo indígena.

La compleja relación entre reflexión vital y estética, memoria y (auto)ficción es una de las claves esenciales de la escritura de Juan Gil-Albert (De la Peña, 2004). Ya desde el inicio de su recuperación editorial en los años 70, autores como Gil de Biedma (1974, 1977) o Luis Antonio de Villena (1984) insistieron en la originalidad de su obra dentro del contexto de la literatura española por esa inextricable red de vasos comunicantes que parten desde la percepción interiorizada del mundo y de la Historia para desplegarse por medio de su voluntad culturalista a todas sus producciones (Paz Moreno, 2000). Entre las tematizaciones más fructíferas y recurrentes que atraviesan el extenso corpus del autor, el amor homosexual ocupa un espacio privilegiado, bien por sí mismo como objeto de

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica” (PID2019-106083GB-I00) del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

meditación, bien como instrumento o de la nostalgia de un tiempo perdido (que podríamos asimilar al imaginario proustiano del mundo de Guermantes) o de la reivindicación de un paganismo lúcido que bebe directamente de la influencia de André Gide (a quien glosa y discute en algunas reflexiones ensayísticas). Este amor homosexual se adscribe a una tipología más radical que la común figuración del amor homofílico entre iguales. La pederastia clásica, en la que el proceso amoroso entre el erastés (adulto) y el erómeno (adolescente) se entiende como correlato erótico de una labor pedagógica temporalmente limitada, constituye el marco en el que se inscribe la propuesta amorosa de Gil-Albert y que es posible detectar desde sus primeras obras (los sonetos de *Misteriosa presencia* de 1936) a la novela *Tobeyo o del amor* (1990). El homoerotismo gilbertiano ha sido objeto de múltiples abordajes críticos (Martínez Expósito, 2004; Peña Ardid, 1985 y 1988) habitualmente muy contemporizadores con las incómodas consecuencias últimas del proyecto pederástico, desarrollado sin matices en *Heraclés. Sobre una manera de ser* (publicado en 1975, pero sobre el que trabajó más de veinte años).

La obra que nos ocupa, *Tobeyo o del amor*, lleva como subtítulo *Homenaje a México* y tiene como núcleo narrativo principal un episodio biográfico del que el autor da noticia espigada en otros momentos de su amplia producción: su relación sentimental (bajo el nombre de Claudio, de profesión músico) con Guillermo Sánchez, un joven mexicano, al que conoció durante su exilio. Que el autor se imposte bajo la figura de compositor es fruto de dos circunstancias: guiño y homenaje (como el subtítulo parece señalar, y explícitamente, en la dedicatoria inicial) al músico mexicano Salvador Moreno, pero también la predilección de Gil-Albert por la música como medio privilegiado de conexión para el artista entre la realidad natural y la interior, tema que desarrolla en algunos de sus ensayos (en *Tobeyo* la composición homónima *Homenaje a México* de Claudio va naciendo a medida que se van diluyendo los lazos afectivos). Este texto, claramente autoficcional, pertenece a un subtipo de narraciones peculiares en la trayectoria del autor: novelas con títulos nominales que aluden a los jóvenes receptores de la pasión amorosa en clave claramente biográfica o a partir de un escenario ficcional caro al autor (Allaigre, 2007). Así, *Tobeyo* es el nombre de origen indígena del protagonista (“muchacho hermoso”) que trabaja de camarero de barra en uno de los bares que visitan los exiliados y sus amigos. Miguel, Rafael y Gabriel, los amados protagonistas del título genérico *Los Arcángeles. Una parábola* (1981), reproducen los nombres de los tres miembros más conocidos de la jerarquía angélica cristiana. Finalmente, *Valentín (Homenaje a William Shakespeare)*, novela construida sobre una trama trágica, el asesinato del joven por su mentor, un director de teatro inglés del período isabelino, organiza a partir de distintas obras de Shakespeare la confesión del amante días antes de su ejecución (lo que permite a Gil-Albert, intertextualmente, poner en boca del director reflexiones sobre el teatro shakesperiano ya presentes en sus ensayos). Precisamente, en el prólogo a esta obra, Gil-Albert (1974: 9) desgrana una breve reflexión sobre biografía y ficción que resulta clarificadora:

El empeño, y la labor, por tanto del artista radica en esto, en hacer aflorar, como una fuente escondida su razón de ser, el subterráneo mensaje de su luz. Lo que no nos obliga a ser autobiográficos, ya que los caminos de la luz siempre son rectilíneos; manifestaciones hay que requieren, para su irrupción, de sinuosos meandros y, lo que cuenta en suma, es el curso infalible de los hechos que dan como fórmula, una hechura, la de su formato casual. *Valentín* me pertenece pero no soy yo.

Sin embargo, pese a esta cercanía temática como ficciones amorosas con mayor o menor deriva biográfica, *Tobeyo o del amor* se desvía de manera muy destacada no solo de este grupo de obras, sino también de la práctica mayoritariamente solipsista de la escritura gilbertiana. Algunas de estas novedades afectan a la presentación estructural, pero mucho más importante es la articulación de la trama amorosa en un escenario que trasciende paisajes evocados por el fetichismo cultural (la Inglaterra isabelina) o el recuerdo (esos arcángeles tan humanos). El México que envuelve el misterioso atractivo del joven protagonista se propone en paralelo al México del exiliado (real, precario económicamente, habitado por una bohemia entre la nostalgia y el desarraigo). El México de Tobeyo se inserta en una construcción mítica de este país a partir de una atemporal línea que conecta el presente con el mixtificado pasado precolombino objeto de nuestro análisis¹.

Con respecto a las innovaciones estructurales hay dos que llaman la atención a primera vista: si Gil-Albert se nos revela como un gran creador *à clef* en otras obras, en este caso esa clave se extiende tanto a los episodios, como a los narradores alternos que van completando la historia de la relación con sus puntos de vistas e intervenciones: Magda (la intelectual republicana Concha de Albornoz), Critias (Mariano Rodríguez Orgaz, personaje homosexual de reminiscencias platónicas), Bartolomé (el pintor Ramón Gaya), Hugo (Máximo José Khan, de origen alemán y judío), Virginia Asúnsolo (la escritora y dramaturga mexicana Elena Garro) o Edmundo (Octavio Paz). Todos ellos componen un retrato de grupo de las relaciones entre los artistas en el exilio y los autóctonos (López García, 2013). Este reparto de funciones actorales en la historia amorosa (narrador, confidente, compañero de aventuras nocturnas, intermediario epistolar) refuerza el acertado perspectivismo que utiliza Gil-Albert para diluir la linealidad temporal tradicional y ofrecer desde distintos planos y diferentes tiempos un Tobeyo cada vez más difuminado por el paso del tiempo y la distancia geográfica. Dividida en ocho partes, se inicia con el recuerdo de Tobeyo a partir de una carta de Magda a Claudio y se cierra con una narración breve y acelerada

¹ Como han estudiado Faber (2003) y Jato (2007), en obras de Moreno Villa, Rejano, Cernuda o Buñuel la mirada del exiliado español se sitúa en un espacio problemático en el que confluyen tres tensiones: el imaginario conquistador del ahora desterrado de la metrópolis, el desconocimiento de la tierra de acogida y sus vicisitudes étnicas e históricas y la esperanza de un cambio en los acontecimientos que los devolviera a la patria. Cate-Arries (2000) ha añadido a estas tensiones de imaginarios y desconocimientos, la ansiedad utópica sobre América y cierta angustia identitaria frente a la política indigenista del presidente Cárdenas. En este sentido, la disidencia amorosa de Gil-Albert introduce una novedosa problemática en este grupo de tensiones.

de la vuelta a España y la noticia, años después, de la enfermedad y la muerte de Tobeyo. La obra nos va informando de los distintos acontecimientos a través del diario de Magda, el punto de vista de Hugo, las conversaciones con Critias o un recorrido por la vida artística de Ciudad de México. Todo ello compone un fresco testimonialmente muy rico de las condiciones de subsistencia material e intelectual de los exiliados².

Pero, como indicaba anteriormente, la obra propone una lectura de México que se aleja mucho de los escenarios más comunes para sus ficciones y ensayos homoeróticos. En *Tobeyo* encontramos intentos de articular la experiencia americana con modelos consagrados de la cultura homosexual ya utilizados en otros textos, por ejemplo, el solapamiento entre la traducción de Magda de un poema pederástico de Teognis de Mégara y la relación con el joven camarero (Gil-Albert, 1990: 106); o los continuos deslizamientos de la trama hacia reflexiones muy cercanas a su *Heracles* que profundizan en la universalidad de las virtudes del “amor dórico” (como lo denomina en alguna ocasión). En este caso, los elementos interseccionales que se producen en la relación entre el adulto y el joven (intergeneracional y, normalmente, interclasista) se ven desestabilizados por un nuevo factor que fagocita su tradicional presentación de la *paideia* amorosa: la racialización.

Edward Said propuso el concepto de *orientalismo* para definir la compleja relación de subalternización elaborada por el discurso hegemónico occidental/colonial como un despliegue de sustitución de la realidad “Oriente” (concepto que engloba, simplistamente hablando, localizaciones geográficas extraeuropeas dispares, pero con la común experiencia colonial) por un constructo fundamentalmente simbólico, generalista y esencialista. Dentro de esos constructos, son tema de reciente interés los “orientes homosexualizantes” que, a partir del siglo XIX, con el aventurero Richard Burton y sus zonas sotádicas, ha construido la literatura “gay” occidental. Estos orientes son igual de excluyentes y mistificados que los otros, pese al habitual tono bucólico o nostálgico que rodea su evocación (Kuntsman y Miyake, 2008). Uno de los más importantes introductores de esta mirada orientalizante en la literatura del siglo XX será André Gide, con su reivindicación de los jóvenes norteafricanos magrebíes (zona de influencia de la empresa colonial francesa). Es en esta genealogía donde debemos insertar a Gil-Albert. Sin embargo, a diferencia del escritor francés, el colonialismo español no es contemporáneo a los hechos narrados y, quizás por esta razón, la exotización amorosa de Tobeyo, correlación inevitable del proceso de orientalización de México, aparece como síntoma no solo del fracaso de la empresa amorosa (de la que saca la enseñanza de la perennidad del amor pederástico), sino también meditación sobre el fracaso español tanto en su imperio colonial pasado, como en su cainita fratricidio de la Guerra Civil (es posible que *Tobeyo* se estuviera fraguando desde 1943, como sugiere López García [2013: 498]).

² Las condiciones de Gil-Albert en el exilio americano (1939-1947) no distan mucho de la precariedad de muchos de sus otros compatriotas. Sin embargo, las causas últimas de su regreso a España fueron objeto en su tiempo de polémica (y, en algún caso, de repudio) entre los exiliados republicanos (Aznar Soler, 2013).

De esta manera, México, además de un oriente elaborado desde el mismo momento de la conquista de Cortés por cronistas, viajeros y escritores (O'Gorman, 1976), significaba para Gil-Albert (1990: 27) algo muy distinto de esa segunda casa que pintó el exilio:

Lo que nos ocurría en México, cosas impensables, era que nos encontrábamos en Oriente. No en nuestra casa, como algunos trataban de suponer sino, por el contrario, rodeados de una como lejanía cautivante, pero lejanía. Que no inspiraba nuestra fraternidad; nos atraía sí, pero con desconfianza. En este sentido se mantenían vigentes las mismas reacciones históricas de los soldados de Cortés.

La superposición del cuerpo indígena y el territorio colonizado se presenta como un mecanismo de traducción cosificadora del otro. Este solapamiento somatópico funciona como personificador del paisaje, por un lado, y cosificador del sujeto, por otro, en un juego especular. Tobeyo, en su telúrica apostura, es el México lánguido y seductor que narcotiza el ánimo del occidental. Resulta llamativo que Gil-Albert se sitúe en el bando de una Europa casi hiperbórea (término que aparece en la novela), mientras en otras obras reivindique su pertenencia a un vitalista sur levantino. En esta confrontación, México se asimila a una Cleopatra de la que logra escapar:

México fue, para mí, a su modo un estupefaciente: siempre tuve por literaria la noticia que se nos daba respecto a la seducción peligrosa que, sobre la entereza de lo occidental, ejerce la languidez de Oriente o, sobre la aspereza de lo nórdico, la molicie del mediodía. Pero en México supe hasta qué extremo lo que se rumoreaba era cierto; hasta qué punto lo que se dice es. También yo sentí, atenazándome, el silbido de la sirena. Pero al contrario de la suerte que corrió, en su día, el Triunviro, acudí, a tiempo aún, a la llamada sensata de Octavio (Gil-Albert, 1990: 11).

A partir de esta identificación cuerpo-territorio, la presentación del joven camarero en su primera aparición combina la exacta prosopografía de la mitad superior de su cuerpo con la recreación a medio camino del bailarín-sacerdote escanciador y el dios de una religión atávica (“Tobeyo-Ídolo en su altar de botellas-relicarios”):

Sentados a una distancia de pocos metros, Tobeyo sobresalía desde la cintura de su barra metálica, sobre un fondo de botellas variadas que despedían en su santuario una luz antigua de caoba, de joyel, de iconostasio. Era típicamente mexicano pero, no cabía duda, con algo de excepcional; color de tez, negrura de cabello, prominencia carnal de los labios, caracteres todos concomitantes del país, pero la disposición particularmente grata con que esos elementos se habían singularizado en aquel rostro desconocido, conquistaba en el acto; es decir, unía al esplendor de la criatura física, el calor, por decirlo así, de la atracción cordial (Gil-Albert, 1990: 29).

Ese atavismo del subalterno exotizado suele presentarse con términos relacionados con la oscuridad (de la piel, de las intenciones del joven, de la naturaleza del país) que es el avatar lingüístico, en estos procesos de traducción cultural,

de la ansiedad occidental ante lo incognoscible, la opacidad de un mundo-otro que solo puede leerse como analogía degradada de lo propio. Así, la exoantropofagia ritual azteca se lee como remedo negativo de la Eucaristía (Gil-Albert, 1990: 43–44). Como toda generalización, estas lecturas del cuerpo amado exótico como memoria ancestral de una cultura-otra no solo despiertan miedos a dejarse anular por la fascinación, a su vez son el detonante para confrontar las incertidumbres propias; la construcción de lo uno desde lo otro (Gil-Albert, 1990: 35).

En este proceso de autoconocimiento, la relación pedagógica se invierte y Tobeyo actúa como iniciador involuntario de Claudio; a la vez se abre la problemática legitimidad de la conquista colonial y, por ende, de la relación amorosa: “El español no ha comprendido nunca al indio; lo esclavizó primero, lo catequizó después pero sin saber, exactamente, quién era, ya que nadie entiende menos de matices que él” (Gil-Albert, 1990: 85).

La solución que plantea Claudio a este descubrimiento resulta sorprendente. Reluctante a profundizar en las contradicciones que conlleva su orientalización reificadora³, el músico explica la bondad de la labor evangelizadora (frente a la bélica), ejemplificándola en Fray Bernardino de Sahagún y su labor aculturizadora de las culturas y creencias indígenas desde una visión teleológica:

Bernardino de Sahagún se llamaba el monje. Y a él deben los naturales del continente, los indígenas, haber entrado en comunión de cultura con el resto de la humanidad. “Esto es lo que hicimos de bueno —terminó Claudio—, lo demás no fue más que ferocidad y rapiña”. Tobeyo que había escuchado con atención se mantuvo callado como si reflexionara. Luego dijo: “Comprendo lo que dices y me gusta. Según eso, los españoles no vinieron a hacer lo que se proponían sino otra cosa distinta y más importante; como si el que mandara fuera otro y no ellos”. Y repitió: “Eso me gusta”. Añadiendo al final de otra pausa: “¿No serás tú mi Bernardino de Sahagún?”. Y me tomó la mano (Gil-Albert, 1990: 102).

Esta última pregunta de Tobeyo puede ser entendida como ironía del joven en una relación asimétrica en la que la clase constituye un componente esencial (con un casi mudo Tobeyo asistiendo a las sesiones y encuentros artísticos e intelectuales); sin embargo, dos episodios que enmarcan la referencia a Sahagún parecen señalar que Claudio ha decidido no resolver las contradicciones que supone el amor hacia un subalterno desde una posición hegemónica. Estos episodios son la excursión a Oaxaca y el estreno de la obra de Rodolfo Usigli *Corona de sombras*. La conclusión pasará por desarraigar a Tobeyo tanto de la Historia como del paisaje de México, desprenderlo del aura oriental para asimilarlo al

³ González-Allende (2018) apunta en alguna ocasión a esta posibilidad interpretativa, pero su trabajo se inclina a leer en clave de divinización culturalista algunos aspectos de esta exotización: por ejemplo, el mutismo del indígena es interpretado como imposibilidad para manifestar sus emociones o a la falta de costumbre en las relaciones homosexuales. Sin embargo, es recurrente que estas relaciones asimétricas en clase social, cultura y etnicidad transformen al sujeto amado en objeto mudo de la supuesta pasión recíproca. Asimetría que se metafórica en términos dedicados al indio como silencio, pesimismo, laxitud, etc.

estereotipo del mito heleno, el del amor pederástico de caducidad, inscribiendo al joven indígena en un esencialismo menos problemático⁴:

Tanto que, Claudio, tuvo un día una especie de evidencia de que, por estas características genuinas, que le hacen, por un lado tan auténtico y por otro tan efímero, este amor suyo por Tobeyo encarnaba el Amor en su condición más perentoria, y más inevitable, la de su fórmula forzosa de fulgor momentáneo, que hacía ver, como ningún otro, el carácter privativo del Amor en virtud de que, esa imposibilidad que residía en él de trasmutarse en cualquier otro sentimiento afin, lo mantenía, mientras era, en su cenit, para eclipsarse cuando, aun sumiendo en unas repentinas tinieblas a quien le rendía su culto, consideraba cumplido el tiempo de aquello que, para su realización, necesitaba mantenerse en los límites estrictos que le marca su naturaleza: lo pasajero (Gil-Albert, 1990: 107).

El regreso de Claudio a España, la intelectualización del episodio amoroso, la noticia de la muerte de Tobeyo son resueltos en apenas tres páginas con un significativo título, “La huida”:

No, Claudio no amaba a Nadie. Tobeyo se había convertido, a la altura de dos mil metros, en medio de los océanos, en un Ídolo, no en una religión frustrada, en un mito perpetuado ya pero incomunicable. Como todo lo que se adoró. Y que estatuario, sigue exigiéndonos las muestras del culto. Liberado de sus ataduras, Claudio no quiso dejar de cumplir la exigencia póstuma (Gil-Albert, 1990: 180).

De este modo, para finalizar, los intentos de resolver la pasión por Tobeyo, helenizándolo, fracasan y la potencia orientalizante circunnavega, de México a la metrópolis, desafiando con su silencio todo intento de resignificación, de apropiación. Al igual que ocurrió con la conquista colonial, cuyo sentido Claudio interpela y solapa a la conquista de Tobeyo en la novela, la racialización amorosa de Tobeyo (como la europeización de México) es una empresa que excede un trasunto de aculturación afectiva y pone en entredicho la posibilidad del encuentro amoroso pleno.

Referencias bibliográficas

Allaigre, Annick (2007): “*Tobeyo o del amor, Homenaje a México* de Juan Gil-Albert: el amor creador”, *Litoral. Revista de psicoanálisis*, 39, pp. 165–185.

⁴ La excursión a Oaxaca es un episodio central en la narración. Tobeyo asume el papel de guía en este viaje que Claudio considera iniciático. El fracaso de la excursión a causa la debilidad física del músico (vencido por la naturaleza del país) es punto de inflexión en la visión de Tobeyo sobre él. Fuera de la civilización, enfrentado al mundo desnudo, el joven camarero indígena descubre la debilidad del extranjero. Por otro lado, la obra de Rodolfo Usigli, estrenada el mismo año del regreso de Gil-Albert a España, dramatiza desde una perspectiva intrahistórica (que Usigli definió como antihistórica) los años de gobierno del emperador Maximiliano y su esposa Carlota. La obra escenifica la mutua incomprensión de Europa y México. Este fracaso europeo va en paralelo al fracaso de la relación Claudio-Tobeyo.

- Aznar Soler, Manuel (2013): “El polémico regreso de Juan Gil-Albert a España en 1947”, *Revista Acua*, 28, pp. 33–36.
- Cate-Arries, Francie (2000): “Conquering Myths. The Construction of ‘México’ in the Spanish Republican Imaginary of Exile”, *Hispanic Review*, 68, pp. 223–242.
- De la Peña, Pedro J. (2004): *Juan Gil-Albert*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- Faber, Sebastiaan (2003): “Between Cernuda’s Paradise and Buñuel’s Hell: Mexico through Spanish Exiles’ Eyes”, *Bulletin of Spanish Studies*, 80, pp. 219–239.
- Gil-Albert, Juan (1974): *Valentín. Homenaje a William Shakespeare*, Madrid, Ediciones Akal.
- Gil-Albert, Juan (1990): *Tobeyo o del amor. Homenaje a México*, Valencia/Alicante, Pre-Textos/ Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- Gil de Biedma, Jaime (1974): “Juan Gil-Albert: entre la meditación y el homenaje”, en Juan Gil-Albert, *Valentín. Homenaje a William Shakespeare*, Barcelona, La Gaya Ciencia, pp. 157–188.
- Gil de Biedma, Jaime (1977): “Un español que razona”, *Calle del Aire. Revista de Sevilla a Juan Gil-Albert*, 1, pp. 47–48.
- González-Allende, Iker (2018): *Hombres en movimiento: masculinidades españolas en los exilios y emigraciones 1939–1999*, Purdue University Press.
- Jato, Mónica (2007): “Hispanidad, mestizaje e indigenismo: algunas consideraciones en torno a la cultura del exilio español de 1939”, en Mónica Jato, José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel (eds.), *España en la encrucijada de 1939: Exilios, Cultura e Identidades*, Bilbao, Universidad de Deusto, pp. 15–30.
- Kunstman, Adi y Esperanza Miyake (eds.) (2008): *Out of Place: Interrogating Silences in Queerness/Raciality*, York, Raw Nerves Publishers.
- López García, José Ramón (2013): “Magda o de la amistad: Homenaje a Concha Albornoz de Juan Gil-Albert”, en María Teresa Gonzalez de Garay Fernández y José Díaz-Cuesta Guillén (eds.), *El exilio literario de 1939, 70 años después*, Logroño, Universidad de La Rioja, Servicio de Publicaciones, pp. 482–511.
- Martínez Expósito, Alfredo (2004): *Escrituras torcidas*, Barcelona, Laertes.
- Moreno Páez, María Paz (2000): *El culturalismo en la poesía de Juan Gil-Albert*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert/Diputación Provincial de Alicante.
- Peña Ardid, Carmen (1985): “Proyecto autobiográfico y proyecto interpretativo en la prosa de Juan Gil-Albert”, *Studium. Filología*, 1, pp. 61–90.
- Peña Ardid, Carmen (1988): “Amor y homosexualidad en Juan Gil-Albert”, *Cuadernos de investigación filológica*, 14, pp. 21–39.
- O’Gorman, Edmundo (1976): *La idea del descubrimiento de América*, México D. F., Dirección General de Publicaciones/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- Villena, Luis Antonio de (1984): *El razonamiento inagotable de Juan Gil-Albert*, Madrid, Anjana Ediciones.

Exoticized Love: Gil-Albert’s *Tobeyo o del amor* and the Orientalization of Mexico

Keywords: Juan Gil-Albert — Mexico — *Tobeyo* — exoticization — orientalism.

Abstract

The last work of Juan Gil-Albert, *Tobeyo o del amor. Homenaje a México* published in 1990 recovers a sentimental episode lived with a young Mexican during his exile. This article aims to analyze this episode and its uniqueness within the reflection on homoeroticism that runs through his oeuvre. Starting from the commentary on the novel and the comparison with other love fic-

tions, the paper studies a topic little covered in the approaches to his theory of homosexual love: the racialization. The paper shows that in *Tobeyo*—despite the solid culturalist meditation on this relationship—there is a process of exoticization of the protagonist that responds to a Eurocentric and colonial vision of the indigenous body.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2020

Fecha de aceptación: 22 de enero de 2021